



Núm. 1.

EL HOMBRE-LOBO.

I.

Una noche tormentosa en que el trueno retumbaba, si atrevido caminante llevado hubiera su planta al borde de un precipicio entre dos altas montañas que en el reino de Galicia su enhiesta cima levantan, pudiera haber observado un bulto que cerca estaba de caer al hondo abismo impulsado por el agua que de la cima caía y que un torrente formaba. De aquel bulto alguna queja acaso de voz humana, salía como el quejido que los pobres niños lanzan. A poco rato una fiera, que recorría espantada los riscos, quizás en busca

de cueva que la albergara, paróse ante el bulto aquel, olfatea, luego avanza, y el hambre quiere saciar. Otro gemido se escapa de aquel bulto: al poco rato, la fiera con tiento escarba, y un niño recién nacido á la luz fúlgida y clara del relámpago se vé... La fiera en coger no tarda á la pobre criatura por las ropas que la guardan, y corre hácia la honda cueva del monte que cerca estaba. Cuidadosa allí lo suelta y la envoltura desata con los dientes, cariñosa al niño lame y halaga colocándole en la boca el pecho que alimentaba á sus cachorros que corren y á los otros se abalanzan.

Pasó el tiempo y aquel niño creció en forma tan extraña, más querido por la loba que por madre despiadada que lo dejara en el monte para que ocultos quedaran el crimen y la deshonra. Mas la Providencia santa, castigo dió á aquella madre mas terrible que pensara.

II.

En una estancia magnífica, sentada está una señora, esperando con anhelo, pues miraba cuidadosa al relój: las tres sonaron y entró una vieja temblona de nariz hácia la barba, de negra y terrible boca, desgredada y harapienta, alta, flaca, misteriosa, cubierta con negro manto, cual bruja de edad remota.

—Alabado sea Dios, exclamó con voz gangosa. —Por siempre sea alabado, contestó la dama atónita. Siete dias esperando y por fin vienes ahora.

¿Dónde quedó? —No hay cuidado que nadie sepa la historia que oculta quieres tener, nunca saldrá de su boca. A orillas de un precipicio, en noche terrible y lóbrega, lo ha dejado mi pariente, y digo yo que á estas horas...

Porque matarle... matarle... era negocio de monta.

—Cállate, lo que yo quiero, es saber que mi deshonra, ha quedado sepultada para siempre... —No te estorba, ni te estorbará jamás el hijo que en tan mal hora... contestó la astuta vieja.

¿Y Roberto? —Ya hace dias que no lo he visto; estoy loca, creo que me ha abandonado, y que en el mundo estoy sola. ¡Qué horror!... el remordimiento,

vá conmigo cual mi sombra por donde quiera que voy, oigo algun niño que llora y la vista con espanto vuelvo inquieta y angustiada...

—Esta carta te traia dijo la vieja, y tan pronta fué á enseñarla como á leerla aquella mujer sin honra. —Es de Roberto, ¡Dios mio! me deja... acaso por otra... dice que sabe el delito y que no me lo perdona, «madre que abandona á su hijo, jamás el delito borra...» Esto soló me faltaba.

Y al decir esto, la sombra de un niño cruzó el espacio, se oyó una voz misteriosa que dijo... Madre inhumana, ya gozarás en tus obras, corazon empedernido, sufre, arrepíentete y ora... La vieja huyó sin tardanza, y aquella mujer se arroja sobre el lecho, desgarrando el ropaje con su boca. ¿Quieres saber su castigo? sigue leyendo la historia.

III.

Pasaron años y años, y en todas partes se oia una noticia terrible, una horrorosa noticia. Decíase nada menos que de los montes salia, un hombre-lobo feroz; que era muy triste su vida, que sus armas eran garras, y que en su cueva tenia corazones de mujeres: que casi todos los dias llevaba brazo ó cabeza de sus desgraciadas víctimas. Los pueblos todos temblaban del monte en las cercanías, y se dispuso salir á perseguirle en seguida. Fué imposible darle caza; su carrera velocísima, ni con caballos ni perros,

seguirse jamás podía.
Los ojos del hombre-lobo
eran de ardiente pupila,
la cara toda cubierta
por el pelo: su sonrisa
enseñaba agudos dientes
en sangre tintos: vestía
pieles de lobo, y á todos
cuantos á destroz iba
les obligaba á leer
papeles que á otros cogía...
Daba un rugido espantoso,
y cual fiera enfurecida
sobre la presa se lanza,
así su furiosa ira
se saciaba en inocentes
que en vano perdon pedían.
El hombre-lobo no hablaba
mas con señas expresivas
manifestaba su idea:
tan solo aprendido había
á ahullar cual la que le dió
el pecho entre mil caricias.
La loba á corta distancia,
siempre sus pasos seguía;
si la lucha alguna vez,
era en extremo reñida
con sus enemigos, ella
á darle auxilio venía.
Cierta dia una emboscada
prepararon con activa
intrepidez los vecinos
del pueblo adonde solía
bajar la loba á coger
sustento para su cria.
Ya el hombre-lobo cercado,
se vió por gente muy lista;
la loba á corta distancia,
espera siempre escondida
hasta que vió los fusiles
con certera puntería,
hácia el feroz hombre-lobo,
que con la vista muy fija
en un cazador, sobre él,
lanzarse solo quería.
Hízolo al fin de repente
con ligereza imprevista;
la loba avanza rugiendo
como la leona herida.
Se abalanza á un cazador
y á otro despues, los derriba,

sin dar tiempo á disparar.
De los demás uno tira,
hiere á la loba en la oreja,
y esto más y más la irrita;
cae sobre el que le apuntó;
las fauces al cuello aplica,
y en un instante quedaron,
sin tanta gente enemiga.
El hombre-lobo la sangre
de la loba ansioso mira,
y procura restañar
la grande y profunda herida.
La loba lame las manos
de aquel ser que el mundo admira.
En los pueblos premio ofrecen
á quien tuviera la dicha
de matar al hombre-lobo,
que no dejaba tranquilas
ni aldea, ni poblacion
del alto monte vecinas.
En el camino mil veces,
presentábanse á la vista
despojos de cuerpo humano,
y con la sangre teñidas
las piedras, huella terrible
que el hombre-lobo seguía.

IV.

Una tarde calorosa
del mes de agosto, cruzaba
la diligencia el camino,
que hay al pié de una montaña.
El hombre-lobo un trabuco
á los caballos dispara,
corren estos presurosos,
al estampido se espantan,
los viajeros aterrados
sienten de muerte las ansias:
vuelca el coche, el hombre-lobo
hácia el cochero adelanta,
y lo hiere mortalmente;
los viajeros se desbandan
y corren hácia el abismo
quiere evitar las garras
del hombre-lobo que ansioso
hácia una mujer avanza:
la detiene, y una herida
la infiere con una daga,
para evitar que acudiesen
á socorrerla. — Me mata,
dice la infeliz señora.
Compasion... Con fiera saña

la coge en hombros y al punto,
con ella á la cueva marcha.
La señora sin remedio,
por la herida se desangra.
Llegado ya el hombre-lobo
á la cueva, aquella carga
suelta y oye á la señora
estas terribles palabras:
—Abandonado en un monte
fué el hijo de mis entrañas,
y en otro monte yo muero
de todos abandonada.
En cuanto oyó aquellas voces,
el hombre-lobo, levanta
hacia los cielos el brazo,
y hace uso de la palabra
que hasta entonces no tenia.
Quedó atónito... Su cara,
reflejaba sentimientos
de ódio y amor en el alma.
Sentia aborrecimiento
hacia la madre inhumana
que lo abandonó, y á un tiempo
la sangre de hijo alentaba
y le atraía á su madre.
Ella todo lo observaba.
De pronto vé que aquel mónstruo,
se dispone hasta abrazarla.
—¡Oh! que horror, dice, matadme.
los caídos brazos alza
y ella misma las heridas
con harto furor desgarrá.
—¡Ah!... yo he matado á mi madre,
yo... que el cielo no me valga,
pero ella me abandonó
y su delito fué causa,
de que en mí, instintos de fiera,
cruelles se despertaran.
Ella al dejarme en el monte,
la muerte me decretaba,
y Dios aquí la ha traído,
solo para castigarla...
Madre, yo soy aquel niño
que hubiera muerto, si sabía
la Providencia no hubiese
llevado hasta mí la planta
de una loba, cuya leche
vida segunda me daba,
con los instintos de fiera,

pero menos despiadada
que la madre que la muerte
sin piedad darne encargaba.
Mirad ese lienzo aún,
que recuerda tanta infamia.
Ved allí la pobre loba,
está hace un año enterrada;
flores hay sobre su tumba,
las flores de mi esperanza.
He sido atroz, sanguinario,
sentia hácia el mundo rabia,
he cometido más crímenes
que mil hombres perpetraran
y por fin hasta mi madre
pagó mi tremenda saña.
—Ay... exclamó la señora,
Providencia soberana,
perdonad mi horrible culpa.
—Perdonadla, perdonadla,
gritó el hombre-lobo al ver
que ya su madre espiraba.
—¡Tu... mi hijo... tú mi hijo!...
Mi propio crimen me mata.
El hombre-lobo á su madre,
desesperado se abraza.
Sale al punto de la cueva,
vé pasar á gente armada,
y dice... yo soy la fiera,
¿quién me libra de la carga
de esta vida? Sonó un tiro
y cayó sobre las matas
el hombre-lobo que al fin,
terminó su historia extraña...
Recogieron el cadáver
y aquel que en la cueva estaba,
y se hicieron comentarios
sobre la noticia rara
de la mujer que en el monte
con la loba se encontraba.
El mismo que dejó al niño
en el monte es el que narra
estos hechos que al papel,
un sacerdote traslada;
por que sirvan de escarmiento
á madres tan descastadas,
y comprendan que la culpa
tarde ó temprano se paga,
que la Providencia vela
y que el castigo no tarda.